

NOTAS SOBRE LA EVOLUCIÓN CUANTITATIVA DE LA AFILIACIÓN EN LA ACCIÓN CATÓLICA ARGENTINA (1931-1960)

[Documento de trabajo]

Omar Acha
(UBA/Conicet)

Introducción

En este trabajo propongo una reconstrucción inicial de la evolución cuantitativa de socios y socias de la Acción Católica Argentina (ACA) desde su fundación hasta fines de los años 1950. Ensayo una interpretación de los números provistos por distintas entidades de la ACA y de las reacciones que los cambios en el número de militantes del laicado suscitó entre las filas dirigentes del catolicismo argentino.

Carecemos de investigaciones sobre el número de personas que integraron las filas de la principal organización del laicado católico en la Argentina durante buena parte del siglo XX. En el único estudio de alguna extensión sobre la institución, su autor adopta las cifras provistas por el *Boletín Oficial* de la ACA en 1951 como fuente directa del número de asociados/as.¹ El panorama que ofrece ese uso de la información da cuenta de un discreto progreso hasta 1943 y luego un incremento relativo entre la rama juvenil masculina. El autor señala con razón que existen razones de diverso tipo para desconfiar de las cifras utilizadas y, sobre todo, del cómputo de números absolutos.

Es sabido que las estadísticas públicas de toda institución suelen ser dudosas, dado que constituyen una de las formas de representarse ante la lectura externa. La publicación de los datos y la construcción de una imagen de sí suelen confundirse y distorsionar los números.

La destrucción del archivo de la ACA durante los incendios ocurridos al anochecer del 16 de junio de 1955, que entre otros sitios afectó a la curia metropolitana, nos privó de importante documentación de primera mano, lo que obliga al uso de las informaciones disponibles a través de las publicaciones de la ACA y la utilizada en las reuniones de sus dirigentes.² La parcialidad de los datos disponibles permite sin embargo otras lecturas que las inducidas por los datos agregados organizados por la institución. Esto es especialmente cierto en los casos en que pueden ser utilizadas informaciones del nivel parroquial e incluso diocesano.

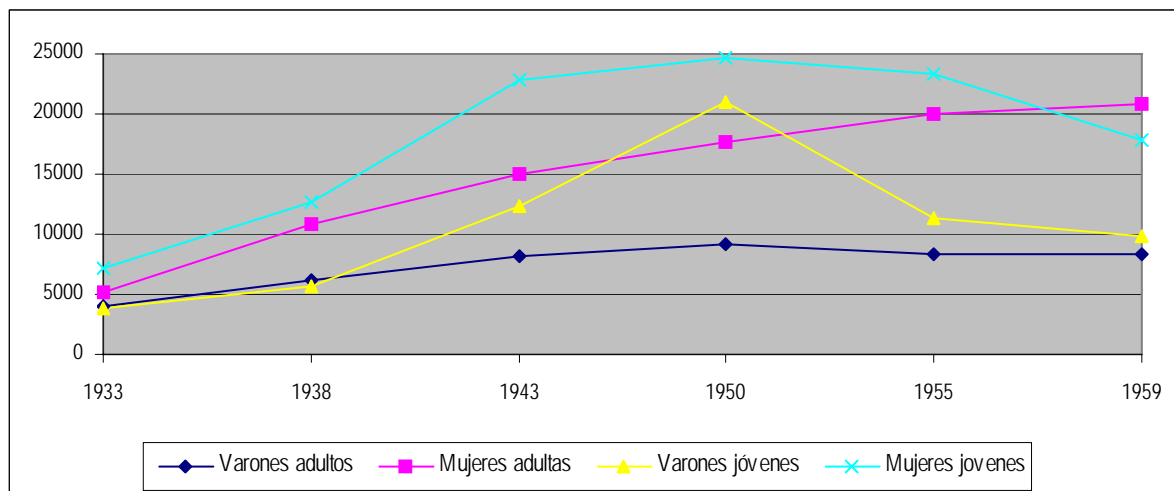
Luego de establecer una imagen algo más precisa sobre la evolución cuantitativa de la afiliación a la ACA, reconstruiré las respuestas que el temprano freno suscitó entre su dirigencia laica y eclesial. Espero que esa perspectiva permita formular hipótesis sobre la capacidad de la ACA para obtener el concurso militante de diversos sectores de la población y de la Iglesia para enfrentar el proyecto novedoso de una intervención propiamente civil. Creo que así se verá cuán desconocido y complicado era el avance en ese terreno. Las aproximaciones desde la historia de las ideas han conducido a representar demasiado

¹ Fortunato Mallimaci, "Movimientos laicales y sociedad en el período de entreguerras. La experiencia de la Acción Católica en la Argentina", en *Cristianismo y Sociedad*, n° 108, México, 1991.

² Sobre la pérdida de las estadísticas, Antonio Caggiano, "Después de 25 años de Acción Católica", *Acción Católica*, n° 395, mayo de 1957.

llanamente el proyecto de una reconquista católica de la sociedad después de 1930. La historia de la ACA abre una ventana para percibir qué desafíos reales esas formulaciones implicaban. Comencemos por observar *grosso modo* la evolución de las cuatro grandes ramas federales de la ACA entre 1931 y 1959 según los datos oficiales de la entidad:

Gráfico 1. Evolución del número de socios/as por rama de la Acción Católica, 1933-1959



Fuente: elaboración propia a partir de *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina*, n° 20 aniversario, abril de 1951; *Acción Católica*, n° 395, mayo de 1957; Asociación de las Jóvenes de Acción Católica, "Estudio estadístico sobre el crecimiento de la rama", *Acción Católica*, n° 391-392, noviembre-diciembre de 1956; *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, Buenos Aires, Junta Central de la ACA, 1959.

La representación gráfica nos permite comenzar a deconstruir la imagen distorsionada de los números absolutos. De acuerdo a este gráfico la inferencia primera es que sólo en el caso de las mujeres adultas se verificó un crecimiento, muy probablemente sostenido por el tránsito gradual de las mujeres jóvenes, que constituyeron el sector más dinámico. En cambio, los varones adultos estuvieron estancados durante las tres décadas, lo que se agrava si consideramos el pico de crecimiento de los jóvenes católicos alrededor de 1950. Por otra parte, si consideramos que la población argentina creció durante los treinta años comprendidos en aproximadamente diez millones de personas (a lo que debemos sumar el acelerado proceso de urbanización y, como veremos, el nicho de captación de la ACA eran las ciudades), debe concluirse que entre 1940 y 1960 se operó un franco descenso relativo y un envejecimiento de la masa societal de la ACA. Esa impresión general, sin embargo, nos dice poco de la evolución diferencial de acuerdo al género, la edad y la clase social, así como las variaciones según la región del país. En este texto propongo un ejercicio de reconstrucción de algunos tramos del cambio cuantitativo de la ACA durante el período y de las reacciones provocadas en el seno de la institución.

Los años del entusiasmo

El 19 de enero de 1931 monseñor Santiago Copello, el vicario general del arzobispado, firmó el auto por el que nombraba a Martín Jacobé como presidente de la Junta Nacional de la Acción Católica Argentina, cuyo asesor eclesialógico general fue Antonio Caggiano. La ACA, creada el 5 de abril, sucedía a la Unión Popular Católica Argentina, de la que recibió pertenencias una semana más tarde.

De acuerdo al modelo italiano, la ACA fue dividida en cuatro ramas. Las de varones adultos y de *los* jóvenes y las de mujeres adultas y de *las* jóvenes. El criterio de edad definía que los jóvenes pasaban a la categoría de Hombres al cumplir los 35 años o al casarse, mientras que

las jóvenes, si bien podían permanecer en ese estatus hasta esa misma edad, les era permitido optar por pasar a la Liga de Damas Católicas a los 30 años. Los nombres iniciales de las ramas fueron: Asociación Nacional de Hombres Católicos, Federación de la Juventud Católica, Liga de Damas Católicas y Liga de la Juventud Femenina Católica.³ Las ramas constituyeron juntas en los niveles parroquiales, diocesanos y federales. Gradualmente, aunque no sin algunas vacilaciones, fueron “adhiriendo” a la ACA otras instituciones del apostolado seglar como las sociedades vicentinas, la Unión Noelista, los círculos católicos de obreros, el Consorcio de Médicos Católicos. Fue sobre todo la Sociedad de San Vicente de Paul la que proveyó de importantes cuadros a la naciente ACA.

Los varones se organizaron en el nivel parroquial en centros y las mujeres en círculos. Las primeras en fundar un círculo fueron las jóvenes católicas en la parroquia del Santísimo Redentor. Creado el 4 de junio, llevó el nombre de Santa María Margarita. La primera junta parroquial del país (que contaba con las y los presidentes de los círculos y centros de las cuatro ramas más el párroco) se conformó en la parroquia de Balvanera el 26 de julio. En los meses transcurridos hasta fin del año se constituyeron las juntas diocesanas y provinciales.

La preocupación inicial de los asesores eclesiásticos fue la de fortalecer la organización en el nivel parroquial y el diocesano. El objetivo primordial fue el de constituir élites sólidamente formadas y militantes, y sólo después lanzar una ofensiva de conquista sobre la sociedad. Así lo expresaba Caggiano en marzo de 1932:

“Es necesario que nos convenzamos que no hay acción más fecunda y eficaz que la que tenemos entre manos ahora, en este año, y que es la fundación de los Círculos y Centros parroquiales, *lo que significa crear grupos de católicos decididos y capacitados para ser apóstoles*: esto se consigue haciéndoles gustar la satisfacción de una vida cristiana fervorosa y dándoles una instrucción sólida, que luego debe ser completada y perfeccionada.

“En esto consistirá la vida o la muerte de nuestra Acción Católica, su vigoroso desarrollo o su vida anémica y lánguida: *en que sepamos trabajar sin desfallecimientos, sin dejarnos impresionar por el silencio de nuestro mismo trabajo, en fundar nuestras asociaciones y darles primero una sólida vida interior, para poder después actuar sobre los demás.*”⁴

El ritmo de la organización fue inesperadamente veloz. Poco después de la publicación del artículo de Caggiano, en abril, la última diócesis que hasta entonces no había constituido una junta diocesana, Corrientes, la había conformado. Uno de los eclesiásticos fundamentales de este período fundacional, Silvino Martínez, se mostraba sorprendido por la “relativa facilidad” con que surgían los centros y círculos de la ACA. Le parecía un sueño realizado. Por eso lamentaba que el emprendimiento fuera realizado tan tardíamente, cuando, creía, podría haber sido iniciado veinte años antes. Su razonamiento era que el avance de la ACA despertaba la confianza en la eficacia organizativa del catolicismo en la recristianización social.⁵ En el mismo sentido el secretario general de la Junta Nacional de la ACA, Rómulo Amadeo, reprochaba a Julio Meinvielle que en su libro *Concepción católica de la política* hubiera expresado que la eficacia de la ACA no tenía proporción con el movimiento real logrado sino con la “santidad” en que vivía. Para Amadeo era ambas cosas a la vez, porque estaba convencido de que el efecto de demostración del crecimiento organizativo era la prueba del compromiso militante.

En realidad, la controversia de Amadeo expresaba una doble actitud de los católicos ante la sociedad y la estrategia adecuada para cristianizarla. La de Meinvielle era elitista y aceptaba

³ Posteriormente adoptaron los nombres oficiales de Asociación de Hombres de Acción Católica (AHAC), Asociación de Mujeres de Acción Católica (AMAC), Asociación de los Jóvenes de Acción Católica (JAC) y Asociación de las Jóvenes de Acción Católica (AJAC). Para simplificar las denominaciones aquí utilizaré los nombres de varones adultos y jóvenes, y de mujeres adultas y jóvenes.

⁴ A. Caggiano, “Plan de Trabajo para 1932. Prosiguiendo”, *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina* (en adelante *BOACA*), n° 20, marzo de 1932.

⁵ S. Martínez, “El reinado social de Jesucristo y la Acción Católica”, *BOACA*, n° 37, octubre de 1932.

desde el principio que el medio era hostil. En esa misma línea desde *El Pueblo* se añoraba reclutar a “católicos de selección”, lo cual estaba explícitamente pensado tomando a las clases pudientes como objetivo.⁶ Esta postura era la más coherente con la orientación explícita de una jerarquía eclesial que se estaba reorganizando, de acuerdo a la caracterización de Susana Bianchi, como un “actor político-social de tipo antiguo”.⁷ Ante ese proyecto de unificación vertical la ACA era subordinada sin espacio para autonomía alguna; los problemas que se habían generado con la Unión Popular de 1919 pretendían ser radicalmente prevenidos. Para conservar el control, la actuación del laicado organizado suponía un cuerpo selecto y uniforme en la sumisión a la jerarquía. En consonancia, la dirigencia de la AC en todos sus niveles era designada por obispos (en el nivel nacional y diocesano) y asesores (en el nivel parroquial). La elección de autoridades por parte de la base societal estaba descartada. Sin embargo, en los hechos la aspiración a devenir una organización militante con presencia en la sociedad civil implicó una tendencia no del todo compatible con esas definiciones *a priori*.

Quienes aceptaban plenamente la subordinación al clero pero militaban por la conquista de lo social instalaban implícitamente la necesidad de una dinámica de inserción y conquista ampliada. Tendían a reconocer, sobre todo entre los sectores más bajos de la sociedad, una incredulidad extendida, pero justamente proponían en la conquista de un vigoroso asociacionismo la vía del combate eficaz contra el comunismo.

Para perspectivas como la de Meinvielle se trataba de crear cuadros embargados por la fe; para otras el destino se decidía en la capacidad de aumentar también el número de socios. A la convicción que privilegiaba la defensa de un baluarte se oponía una vocación de “penetración” social. Ambas actitudes se constituyeron en líneas de acción que perduraron a lo largo de la historia de la ACA.

La segunda tendencia se concretaría en un sentido diferente al de Meinvielle. Sería promovida desde fines de la década siguiendo el *modelo belga* de *apostolado ambiental*, donde se excedía a las ramas autocentradas por edad y sexo para buscar generar asentimientos católicos más allá de las parroquias. Dado que se ha insistido en demasía respecto a que esa novedad se explica básicamente por la búsqueda de una alternativa al estancamiento de las ramas de mayores, es preciso subrayar aquí la presencia desde temprano de una idea de relativización del *modelo italiano* predicado por la jerarquía.⁸ Su origen puede hallarse en el ciclo de charlas ofrecidas en 1933 por el jesuita francés Achilles Danset.

¿Cuál fue el ritmo del primer momento del desarrollo de la ACA? El primer período de la historia de la ACA llega hasta el Congreso Eucarístico Internacional realizado en Buenos Aires en octubre de 1934. La muestra más precisa sobre la evolución de la incorporación de asociados/as a la ACA fue realizada a mediados de 1933, constituyendo la información empírica más rica disponible respecto a la creación de centros y círculos en cualquier etapa de su historia. Para simplificar la estrategia argumentativa contrastaré aquí lo ocurrido en tres contextos: la arquidiócesis de Buenos Aires y las diócesis de Paraná y San Juan. Creo que eso ayudará a hacer menos farragosa la discusión, sin pérdida de complejidad. Más tarde se verá que hay razones adicionales de índole social que justifican esta selección. Por ahora considérese que se trata de conjuntos de diverso tamaño y situación en el país.

⁶ “Nuestra colaboración en la Acción Católica”, *El Pueblo*, 30-5-1931; “La Acción Católica parroquial”, *El Pueblo*, 22/23-6-1931. María Ester Rapalo subraya este aspecto de la ideología inicial de la ACA: M. E. Rapalo, “Algunas notas sobre la Acción Católica Argentina desde su creación hasta 1943” (inédito).

⁷ S. Bianchi, “La construcción de la Iglesia Católica como actor político y social, 1930-1960”, *Anuario del IEHS*, Tandil, n° 17, 2002..

⁸ F. Mallimaci, “El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar”, en AA. VV., *500 años de cristianismo en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Nueva Tierra-Cehila, 1992.

Los círculos y centros eran creados de manera provisoria con un mínimo de tres personas y el párroco. Con 8 socios/as podía ser confirmado. Como he señalado el primer círculo de las jóvenes, en la ciudad de Buenos Aires, fue creado en junio de 1931. El círculo fue declarado definitivo un año más tarde. En la arquidiócesis se fundaron hasta fines de 1933 sesenta y tres círculos juveniles. Las jóvenes constituyeron el sector más dinámico en el crecimiento de la ACA en todo el país. En los últimos meses de 1933 la Federación de la Juventud Femenina Católica contaba en la ciudad de Buenos Aires con 63 círculos, mientras las Damas tenían 45, los varones jóvenes 38 y los varones adultos 33; en la diócesis de Córdoba los guarismos eran en el mismo orden de 34, 32, 31 y 29, reduciendo la brecha de la arquidiócesis. La singularidad del impulso militante laico entre las jóvenes es subrayado por el hecho de que fuera la única rama que desarrolló círculos en la gobernación de Río Negro.

El siguiente cuadro permite una impresión del conjunto de las diócesis y jurisdicciones eclesiásticas sobre gobernaciones y territorios:

Cuadro 1. Número de socios y socias de las cuatro ramas de la ACA en octubre de 1933

Diócesis/Jurisdic.	Varones Adultos	Mujeres Adultas	Varones Jóvenes	Mujeres Jóvenes	Total Ramas ACA
Buenos Aires	647	1267	673	1.428	4.015
Córdoba	785	700	580	1.063	3.128
Santa Fe Zona Sur	593	630	490	767	2.480
La Plata	429	641	542	851	2.463
Santa Fe Zona Norte	395	430	359	699	1.883
Paraná	369	205	268	608	1.450
Tucumán	201	244	194	342	981
Corrientes	141	159	169	413	882
Mendoza	117	150	126	159	552
San Juan	56	118	98	111	383
Salta	77	80	57	75	289
S. del Estero	45	82	56	101	284
La Rioja	40	90	60	60	250
Catamarca	20	27	76	94	217
Gob. Río Negro	-	-	-	197	197
Misiones	22	54	31	66	173
San Luis	25	44	50	42	161
<i>Totales</i>	3.962	4.921	3.829	7.076	19.788

Fuente: elaboración propia a partir de *BOACA*, n° 60, 15 de octubre de 1933.

En estos primeros años la ACA aparece como una organización desarrollada en la zona litoral del país. El cuadro 1 indica que el conjunto de afiliadas/os desde Tucumán hacia abajo superan en apenas 350 personas al total de la arquidiócesis de Buenos Aires. Ésta era la jurisdicción eclesiástica de mayor envergadura de acuerdo al número de socios y socias, salvo en el caso de los varones adultos de Córdoba, donde los Hombres Católicos tenían dos centros parroquiales menos pero 62 inscriptos más. Sucede que algunas zonas como Córdoba, La Plata y las dos circunscripciones de Santa Fe, dado que tenían localizadas parroquias en pueblos y ciudades pequeñas, el número total de aquellas era menor que en Buenos Aires pero concentraban una masa asociativa mayor. La parroquia de Moldes, por ejemplo, agrupaba más socios y socias que algunas parroquias de barrios de la Capital Federal. El caso extremo de este patrón es el de La Rioja, donde las 250 personas inscriptas en la ACA asistían a las reuniones de una sola iglesia, la matriz de la ciudad capital.

Para ir más lejos comencemos por arrojar una mirada sobre las asociaciones parroquiales de las jóvenes. En los primeros meses de existencia de la rama la creación de círculos fue regular hasta noviembre; las fundaciones comenzaron a declinar durante el período estival y

retomaron fuerza en mayo. Se crearon alrededor de 4 círculos cada mes. Hasta los últimos meses de 1933 el aumento de asociadas fue sin embargo lento. En el cuadro 2 podemos observar la evolución del número de asociadas por círculo en Buenos Aires. Entre paréntesis figura la cantidad de socias declaradas hacia principios de año. En la parroquia del Santísimo Redentor (n° 1) se verifica un incremento de 12 asociadas, mientras que en un círculo más reciente como el de Santa Ana (de Villa del Parque, n° 30) sólo aumenta en una socia, y en la última creada en 1932, la de Mater Consolationis (n° 60), permanece sin modificaciones. En el último semestre contemplado por la estadística sólo se fundaron tres círculos (números 61, 62, y, 63).

Cuadro 2. Número de socias de los círculos de la rama femenina juvenil de la ACA correspondiente al Consejo Arquidiocesano de Buenos Aires

N°	Parroquia	Instalación Provisoria	N° de socias	N°	Parroquia	Instalación	N° de socias
1	Santísimo Redentor	4-6-31	49 (37)	33	N. S. del Rosario	24-4-32	12 (11)
2	Santísimo Sacramento	14-6-31	32 (22)	34	San Cristóbal	1-5-32	23 (23)
3	San Lorenzo	21-6-31	18 (18)	35	San Cayetano (Liniers)	5-5-32	22 (32)
4	N. S. de Balvanera	29-6-31	37 (22)	36	N. S. del Perpetuo Socorro	5-5-32	20 (12)
5	N. S. de la Merced	4-7-31	14 (16)	37	N. S. del Consuelo	8-5-32	23 (13)
6	Sta. María Magdalena	12-7-31	25 (21)	38	Santa Clara	15-5-32	19 (23)
7	San Ignacio	24-7-31	19 (20)	39	N. S. de Luján	15-5-32	14 (12)
8	N. S. de Guadalupe	2-8-31	40 (31)	40	San Martín de Tours	12-6-32	12 (12)
9	San Carlos	9-8-31	42 (35)	41	Santa Julia	19-6-32	21 (18)
10	Todos los Santos	15-8-31	16 (12)	42	San Francisco Javier	3-7-32	13 (13)
11	Santísima Trinidad	15-8-31	13 (13)	43	Santa Inés	17-7-32	12 (21)
12	N. S. de Pompeya	16-8-31	19 (31)	44	Asunc. de la Sma. Virgen	24-7-32	20 (23)
13	San Agustín	16-8-31	33 (26)	45	Cristo Rey	31-7-32	18 (15)
14	Inm. Corazón de María	23-8-31	19 (19)	46	N. S. de las Mercedes	20-8-32	15 (20)
15	Sagrado Corazón	6-9-31	26 (39)	47	Niño Jesús (Villa Lugano)	28-8-32	12 (12)
16	N. S. de Montserrat	8-9-31	20 (26)	48	Inm. Concepción (Tacuarí)	28-8-32	28 (37)
17	San Miguel Arcángel	13-9-31	16 (18)	49	San Vicente de Paul	18-9-32	18 (12)
18	Inm. Concepción	21-9-31	30 (15)	50	San Felipe de Neri	18-9-32	12 (13)
19	San Nicolás de Bari	22-9-31	47 (35)	51	Tránsito de San José	18-9-32	12 (12)
20	N. S. de la Piedad	30-9-31	24 (21)	52	Santa Sofía Barat	25-9-32	13 (12)
21	San Roque	11-10-31	21 (19)	53	Santa Rita	25-9-32	21 (20)
22	N. S. del Valle	11-10-31	17 (13)	54	Sta. Unión de los SS. CC.	9-10-32	25 (15)
23	N. S. del Carmelo	15-10-31	25 (17)	55	San Pablo	3-10-32	21 (21)
24	N. S. de los Dolores	18-10-31	13 (12)	56	Jesús de Nazareth	6-11-32	12 (20)
25	San Benito	25-10-31	25 (19)	57	Santa Rosa de Lima	20-11-32	22 (18)
26	La Sagrada Familia	1-11-31	15 (11)	58	Santa Elena	4-12-32	17 (15)
27	N. S. de los Angeles	1-11-31	89 (40)	59	San Isidro Labrador	22-1-32	17 (12)
28	N. S. del Pilar	22-11-31	38 (27)	60	Mater Consolationis	30-4-32	13 (13)
29	N. S. del Socorro	29-12-31	60 (32)	61	San José de Calazans	26-6-33	16
30	Santa Ana (V. del Parque)	17-1-32	20 (19)	62	San Pedro Apóstol	29-6-33	17
31	N. S. de Buenos Aires	31-1-32	14 (14)	63	N. S. de la Salud	3-9-33	12
32	San Antonio de Padua	6-2-32	20 (15)				

Fuente: elaboración propia a partir de BOACA, n° 53, 15 de junio de 1933 y n° 60, 15 de octubre de 1933. Entre paréntesis la cantidad de socias declaradas en junio.

En la diócesis de Paraná hallamos un panorama diferente. Los dos primeros círculos fueron fundados el 19 de julio de 1932 y tras un comienzo lento de cerca de dos círculos en las ciudades más importantes recién retomó cierto impulso en marzo de 1933. Paraná, Gualeguaychú y Concordia fueron sin duda los ambientes más propicios para la expansión. El contraste entre la información de principios y finales de 1933 indica un aumento muy discreto de la cantidad de asociadas.

Cuadro 3. Número de socias de los círculos de la rama femenina juvenil de la ACA correspondiente al Consejo diocesano de Paraná

N°	Parroquia	Instalación Provisoria	N° de socias
1	San Miguel (Paraná)	10-7-32	21 (12)
2	Sagrado Corazón (Paraná)	10-7-32	42 (18)
3	San José (Guauguaychú)	11-9-32	50 (18)
4	Sagrada Familia (Gualeg.)	-	18 (12)
5	S. Antonio de Padua (Gualeg.)	29-9-32	62 (27)
6	Concepción del Uruguay	16-10-32	28 (20)
7	N. S. de Aranzasu de Victoria	15-12-32	46 (19)
8	N. S. del Carmen (Nogoyá)	9-12-32	34 (34)
9	Sagrado Corazón (Concordia)	1-3-33	15 (12)
10	Villaguay	8-3-33	17 (12)
11	N. S. de La Paz (La Paz)	13-3-33	34 (12)
12	Diamante	16-3-33	16 (12)
13	Lucas González	15-8-33	15 (12)

N°	Parroquia	Instalación	N° de socias
14	San Benito	21-3-33	17 (12)
15	Villa Crespo	23-3-33	13 (12)
16	Villa San José	28-4-33	20 (12)
17	Catedral (Paraná)	17-5-33	18 (17)
18	Villa Malvina (Guauguaychú)	21-5-33	14 (14)
19	N. S. de Pompeya (Concordia)	25-5-33	13 (12)
20	S. Antonio (Concordia)	28-5-33	42 (41)
21	N. S. del Perp. Soc. (V. Larr.)	28-6-33	15
22	Villa Elisa	13-8-33	13
23	Basavilbaso	20-8-33	21
24	Colón	4-9-33	24

Fuente: la misma que el cuadro 2.

San Juan nos muestra un panorama bien distinto. No solamente por el reducido número de círculos, no obstante fundados con mayor celeridad que en Paraná, sino también por la diseminación en la diócesis. Por añadidura, el ritmo del crecimiento no era significativo, y el único aumento registrado fue el del Departamento de Caucete.

Cuadro 4. Número de socias de los círculos de la rama femenina juvenil de la ACA correspondiente al Consejo diocesano de San Juan

N°	Parroquia	Instalación Provisoria	N° de socias
1	N. S. de la Merced (capital)	18-10-31	38 (38)
2	Depto. Pocitos	20-12-31	16 (16)
3	Depto. Caucete	5-5-32	13 (29)
4	N. S. de los Desamparados	8-5-32	16 (13)
5	Distrito de Trinidad	7-8-32	16 (16)
6	Distrito de Concepción	6-11-32	12 (12)

Fuente: la misma que el cuadro 2.

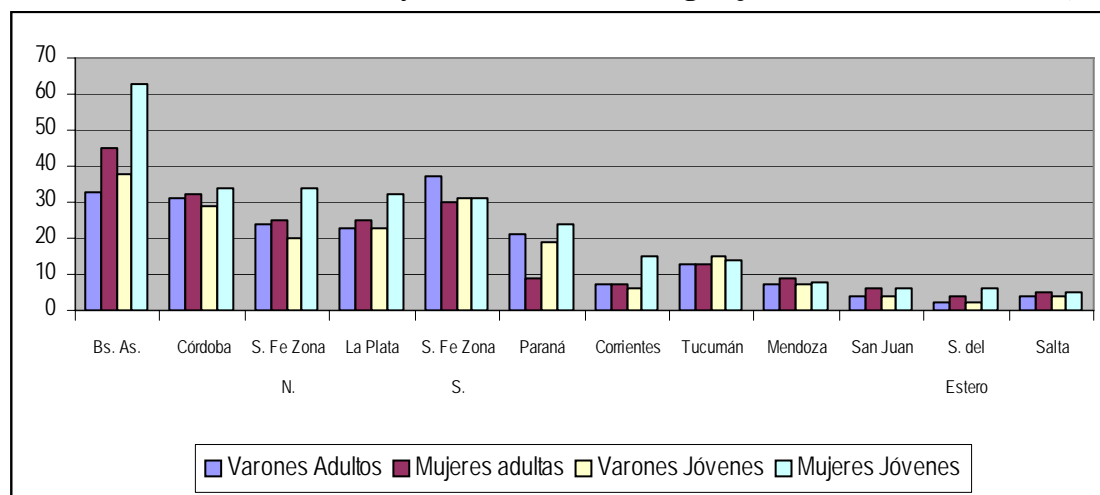
¿Qué acontecía con las otras ramas en el resto de los casos seleccionados? En Paraná los Hombres Católicos habían logrado constituir 21 centros, las damas 9, los jóvenes 19 y las jóvenes 24; por su parte el laicado sanjuanino tuvo hacia octubre de 1933 4 centros de varones adultos, 6 de damas, 4 de varones jóvenes y 6 de mujeres jóvenes. La dificultad más inmediata residía en el plano del género, pues entre las diócesis más importantes los varones adultos y jóvenes estaban rezagados respecto a las ramas de mujeres. En *El Pueblo* se intentó una veloz teoría sobre esta divergencia. Captando la relevancia de las jóvenes en la ACA, Luis Barrantes Molina imaginó una suerte de *target* militante vitalicio que sería ocupado por las *solteronas*. “La solterona piadosa y virtuosa está llena de tesoros morales de ternura, que no ha sido gastada por el comercio legítimo del matrimonio, y rebosante de caridad universal, que no está disminuida por el egoísmo natural de la maternidad. Esos tesoros”, concluía Barrantes Molina, “son utilizados por la Iglesia en bien de la beneficencia, del apostolado y de la salvación de las almas”.⁹ Pronto veremos que desde la propia ACA se pensaron estrategias más complejas y potencialmente realizables.

Las divergencias de la cantidad de centros y círculos señalan la dificultad de los párrocos (y asesores) para conformar juntas parroquiales debidamente constituidas. Por ejemplo, en el caso paranaense es evidente que de 24 parroquias 3 carecían de centros de varones adultos, 5 de varones jóvenes y 15 de círculos de damas católicas. Tal como lo muestra el gráfico 2,

⁹ L. Barrantes Molina, “La mujer en el apostolado seglar”, *El Pueblo*, 22-1-1933.

Córdoba y Tucumán eran las diócesis en este sentido más armónicas. Sólo más tarde, en tiempos de crisis, se tomaría en cuenta el perjuicio que esas divergencias implicaban para la “coordinación” eficiente del apostolado.

Gráfico 2. Cantidad de círculos y centros de la ACA según jurisdicciones eclesiásticas, 1933.



Fuente: elaboración propia a partir de *BOACA*, n° 60, 15 de octubre de 1933. No figuran La Rioja, Corrientes, Gob. Río Negro y Catamarca.

Esas dificultades eran marginales en estos primeros años de expansión. La ACA se tornaba crecientemente compleja. En junio de 1933 una importante conferencia episcopal decidió la creación del secretariado Económico-Social, que se concretaría un año más tarde. Si bien desde la carta pastoral colectiva que anunció la formación de la ACA en 1931 el problema del “apostolado espiritual” sobre las “obras económico-sociales” estaba presente, la actuación concreta del bienio inicial estuvo dirigida a captar a los sectores acomodados. Todavía en noviembre de 1933 se aclaraba desde *Criterio* que en la ACA sólo se aspiraba a una orientación intelectual y no directa (esto sería “acción social”).¹⁰

La conferencia episcopal decidió también la creación de la sección de *Niños Católicos*, confiada a la Liga de Damas Católicas y de la sección de *Niñas Católicas* bajo el cuidado de la Liga de las Jóvenes, de las secciones de *los Aspirantes* (niños 10-12 hasta 15 años), tutelada por la Federación de los Jóvenes, y de *las Aspirantes* (igual en edad que los varones) a cargo de las Jóvenes.¹¹ Estas secciones crecieron gradualmente y alcanzaron un nivel significativo hacia 1940; también en ellas el corte de género tuvo relevancia: la captación de las niñas y adolescentes mujeres fue parejamente superior a la de varones.¹²

Los Hombres Católicos fueron aleccionados por el asesor diocesano Ramón Castellano en unas jornadas realizadas en Córdoba a principios de 1934. Castellano reconocía que el hombre maduro es de captación más difícil por tener una conciencia formada y diversas obligaciones laborales y familiares. Además, añadía, los católicos eran individualistas y daban un sentido mínimo a su catolicidad. Por eso no debería exigirse que fueran “perfectos católicos”, aunque ese fuera el objetivo último. Así las cosas prevenía contra pedir que realizaran una comunión mensual o semanal. El asesor reconoció ante los varones adultos que los jóvenes eran más entusiastas, pero en cambio recordaba que sucedían casos en que esos

¹⁰ Josefina Molina y Anchorena, “Acción Católica y acción social”, *Criterio*, n° 298, noviembre de 1933.

¹¹ “Resoluciones del Episcopado Argentino”, *BOACA*, n° 56, agosto de 1933.

¹² Por razones de espacio, en esta oportunidad se dejará de lado la trayectoria cuantitativa de las secciones de niños/as y aspirantes, que sólo serán tratadas a propósito del pasaje a las ramas juveniles.

jóvenes se separaban de un día para otro de la asociación y llegaban a renegar de la fe “dando uno de esos vuelcos en la vida moral que nos espantan y desilusionan”.¹³

El asesor deseaba un mayor compromiso militante, pero el aumento de centros y círculos creaba un trabajo adicional para los párrocos que éstos no siempre estaban en condiciones de cumplir. Un eclesiástico santafesino escribió a la sección de correspondencia del *Boletín Oficial* de la ACA para expresar la sobrecarga de trabajo que le había significado la fundación de dos asociaciones parroquiales, por lo que decía que no crearía las dos restantes. Calculaba que las reuniones semanales con las y los jóvenes, y las quincenales (“por suerte”, agregaba) sumaban diez en el mes. Ante la posibilidad de que ese trabajo se duplicara, exclamaba: “¿Qué sería de mí, si fundara las otras dos asociaciones parroquiales? Otras 10 reuniones. ¡Y queda todavía la Junta Parroquial! ¡Dios nos ampare a los Párrocos!”. La revista respondió que era aconsejable organizar las reuniones ahorrando tiempos muertos, de manera que incluso con las otras dos ramas hubiera 12 reuniones mensuales, que serían “poca cosa”. La respuesta concluía: “Ánimo, hermano. Dejemos otras muchas preocupaciones secundarias y dediquémonos a esta otra tan nuestra y tan de Dios, como es la de formar sólidamente apóstoles para que ellos formen a otros.”¹⁴ De ese modo quedaba irresuelto el problema, que sería crónico, de los asesores eclesiásticos. Incluso después del impulso ocasionado por la creación de nuevas diócesis en 1934 se observaría pronto que la estructura institucional de la Iglesia católica era insuficiente.¹⁵ Se ha insistido con razón en la expansión del clero durante el período aquí bajo examen.¹⁶ Pero la envergadura que adquirió la ACA en sus primeros años exigió un esfuerzo significativo y a pesar de su aumento el personal disponible estaba por debajo de las expectativas más ambiciosas. En 1937 se contrastaba las 800 parroquias existentes contra las 6.000 localidades del país.¹⁷

A pesar de las dudas provocadas por la definición de Pío XI de la Acción Católica como una “participación en el apostolado jerárquico” de la Iglesia aquella estaba absolutamente subordinada a sus asesores. De allí que pronto se rectificara la función laical como una “colaboración”. La inquietud contra toda pretensión de autonomía, sin embargo, recorrió toda la historia de la AC. Durante su período inicial la amplitud de la creación de centros y círculos obedeció a la actividad organizativa de los sacerdotes en las ciudades, donde se disponía de mayores recursos humanos y parroquiales. A partir de un punto que se puede fijar para la rama de varones adultos en 1935, para las mujeres adultas en 1937, para las mujeres jóvenes en 1945 y para los jóvenes en 1950, se produjo un proceso no lineal pero inexorable de rendimiento decreciente de la captación de nuevas afiliaciones. Una de las plausibles explicaciones que circularon en la ACA se refería a los límites que el crecimiento alcanzaba una vez agotada la capacidad de control del párroco en los núcleos urbanos. No fue paradójica la mayor eficacia de la ACA en las ciudades que desde los marcos ideológicos católicos era vista como fuente de corrupción y relajamiento. Sucedió que las parroquias se encontraban allí. Sin embargo las limitaciones fundamentales no residían en la sobrecarga de trabajo de los

¹³ “La Asociación Nacional de Hombres Católicos”, *BOACA*, n° 74, mayo de 1934.

¹⁴ “Consulta”, *BOACA*, n° 41, enero de 1933.

¹⁵ En el momento de creación de la ACA, la organización eclesiástica de la República Argentina estaba constituida por el Arzobispado de Buenos Aires y diez obispados sufragáneos: La Plata, Córdoba, Santa Fe, Tucumán, San Juan, Paraná, Salta, Santiago del Estero, Corrientes y Catamarca. Estas jurisdicciones, y especialmente el mencionado arzobispado, sufrieron en los años siguientes decisivas alteraciones que impiden establecer con certeza una evolución comparativa de las diócesis a lo largo de las décadas. Hacia el fin del período aquí estudiado la ACA tenía consejos diocesanos o arquidiócesanos en Buenos Aires, Córdoba, Salta, San Juan, Paraná, La Plata, Santa Fe, Santiago del Estero, Tucumán, Corrientes, Catamarca, Azul, Bahía Blanca, Jujuy, La Rioja, Mendoza, Mercedes, Río Cuarto, Rosario, San Luis, Viedma, Resistencia, San Nicolás, Posadas, Santa Rosa y Formosa.

¹⁶ Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina*, Buenos Aires, Mondadori, 2000, pp. 409-411.

¹⁷ Ada Bizoli de Caspersen, “Círculos sociales”, *BOACA*, n° 142, marzo de 1937.

párrocos dado que la creación de centros y círculos continuó, mientras que el número de socios/as no lo hizo en la misma proporción.

Otro problema aparecía desde el lado laico, cuya “indiferencia” generó dos respuestas. Una, ligada a la línea de la recuperación de valores católicos tradicionales y la selección de militantes en los estratos acomodados. Así lo señalaba en *El Pueblo* su pluma más inquieta, Barrantes Molina, quien se había ocupado de proponer al diario como órgano de difusión masiva de la ACA: “Lo más lamentable es que tampoco los católicos demuestran darle importancia a la cuestión religiosa. [... No obstante:] La Acción Católica no desmaya por eso en su encomiable perseverancia. A fuerza de publicaciones, de asambleas, de semanas de estudio, de ejercicios espirituales, de formación de sus miembros, de oración y de trabajo conseguirá romper el hielo de la indiferencia”.¹⁸

La otra línea, anclada en el catolicismo social, se inclinaba a problematizar la inserción masiva donde la cuestión obrera tuviera un lugar relevante. La consolidación de esa preocupación en el seno de la ACA fue correlativa a la vocación de conquista de la sociedad civil y en ella a las clases populares. Sobre todo en esta corriente de opinión, menos propensa a una solución declamativa de las tareas del apostolado seglar, la idea de que la Argentina era una nación católica estaba en permanente cuestión. No porque se dudara de que esa representación fuera la adecuada para su historia y su porvenir, sino porque se percibía que contrastaba con los datos de la realidad social y política.

La preocupación por el avance del catolicismo seguía caminos ambiguos y cambiantes. Luego del éxito de convocatoria del Congreso Eucarístico Internacional realizado en Buenos Aires en 1934, entre las filas de la jerarquía eclesiásticas y del laicado parecía que la reconquista de la sociedad civil estaba al alcance de la mano. Sólo hacía falta un esfuerzo más. Había que ajustar las estrategias de “penetración”. El entusiasmo provocado por el Congreso Eucarístico coincidía con una vocación de conocimiento de la realidad social. Para hacerlo era preciso conocer adecuadamente cuál era la situación nacional de la ACA, cuáles eran sus puntos fuertes y cuáles los débiles, qué sectores sociales estaban más comprometidos con la cruzada y qué otros se mostraban menos permeables. El censo profesional de las filas de la ACA realizado entre el 15 de agosto y el 30 de setiembre de 1934 reveló sus bases sociales.¹⁹ Desde el órgano impulsor, el secretariado Económico-Social y especialmente desde su activista más dinámico, Francisco Valsecchi, el objetivo era conocer con precisión el grado de penetración de la ACA entre la clase obrera. Se concluyó la elaboración de los resultados el 1° de mayo de 1935 y se envió una nota informativa a la cúpula de la ACA. En ella se ponderaba la relevancia de los datos, sobre todo después del alarmante caudal de votos recientemente obtenido en la ciudad de Buenos Aires por la organización comunista disidente Concentración Obrera.²⁰ El éxito comunista sumado a la victoria electoral del Partido Socialista ya había suscitado las dudas de José A. Sanguinetti sobre el aparente significado del Congreso Eucarístico Internacional como revelador de las convicciones católicas en la gran ciudad.²¹ Para atacar el problema con más profundidad el secretariado Económico-Social proyectó la realización de una encuesta sobre la familia obrera y rural entre la afiliación a la ACA (la recolección de información fracasó).

Veamos primero los números agregados del citado censo de 1934 para todo el país.²² De allí se infiere que las mujeres jóvenes y adultas con “Vida de hogar” aparecían como el grupo más compacto (38,5 %) del conjunto de ocupaciones de la ACA. Las jóvenes en este rubro llegaban a poco más de la mitad del total de ocupaciones, mientras que para las damas

¹⁸ L. Barrantes Molina, “La Semana de Estudio de la Acción Católica”, *El Pueblo*, 12-1-1933.

¹⁹ Véase *BOACA*, n° 96, abril de 1935.

²⁰ “Terminó el censo profesional el Secretariado Económico-social de la A. C. A.”, *El Pueblo*, 1-5-1935.

²¹ “Actualizando un volante de EL PUEBLO”, *El Pueblo*, 4-4-1935.

²² Para detalles, véase el cuadro del apéndice.

significaba el 71,8 % del total. Lo significativo es que el resto del conjunto de damas se distribuía entre un 9,4 % de rentistas, un 9,1 % de profesoras de nivel medio y un 4,5 % estaban jubiladas. De la clase obrera, incluyendo fabriqueras, talleristas y trabajadoras a domicilio, apenas alcanzaba al 1,5 %, lo que significaba un total de 90 personas. El número de empleadas de servicio doméstico era aún menor.

En cambio, entre las jóvenes se encontraba un número mayor de profesoras y maestras (19,5 %) y el conjunto de obreras alcanzaba a un 8,2 %. Las jóvenes estudiantes eran el 10,5 %.

El segundo grupo ocupacional importante era el de “profesionales”, donde predominaban las jóvenes. Frente al 10,9 % de los varones adultos, las jóvenes tenían un 20 %, seguidos por las damas (9,6) y los jóvenes (5,2). Sin embargo, es importante discriminar los datos, dado que el 19,5 % representado por las jóvenes correspondía a la enseñanza, mientras que en las profesiones universitarias eran insignificantes con 19 personas ocupadas. Los varones adultos tenían un 6,2 % de profesionales graduados en la universidad.

Los profesionales no constituían el conjunto más numeroso de los varones adultos. El monto más relevante era alcanzado por los trabajadores de “artes y oficios” (que es preciso distinguir de los obreros de fábrica donde apenas alcanzaban al 1,3 %) en los que podemos incluir a los trabajadores cuentapropistas. El segundo grupo con un 19,5 % estaba constituido por “patrones” donde predominaban los propietarios de negocios al por menor (6,8 %) e industriales (6,4 %).

Los jóvenes estaban compuestos por un tercio de estudiantes secundarios, seguidos por empleados de comercio y trabajadores de “artes y oficios”.

Un rubro especial fue el de los trabajadores rurales, que prácticamente carecía de mujeres. Constituían un total de casi el 18 % de los varones adultos y poco más del 10 % de los jóvenes, aunque el rótulo es engañoso porque en realidad la mayoría de estos guarismos correspondía a “pequeños propietarios”. El número de jornaleros y arrendatarios captados para la ACA era menor.

Los números agregados del censo nos presentan un panorama donde prevalece una inserción urbana. Del total de personas censadas, las jurisdicciones eclesiásticas de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, Santa Fe y Rosario aportaron el 65,2 %. Pero esta cifra aun puede ser elaborada al contrastar las diferentes ramas. Por ejemplo, en el caso de Buenos Aires encontramos que las jóvenes y las damas contribuían con un 66,3 %, mientras que en Córdoba lo hacían con el 38 %, en Rosario con el 51 %. En cambio, en las jurisdicciones menores la relación se invertía. Así ocurría con Tucumán donde eran el 72 %, en Mendoza el 64 % y en Corrientes el 76 %. Esta tendencia se corrobora si consideramos las zonas todavía menos pobladas, cuyo aporte femenino era el siguiente: en La Rioja 77,5 %, en Catamarca el 70 %, con el caso extremo de Viedma donde las mujeres constituían el 100 % del asociacionismo de la ACA.

Observemos con más detalle una comparación entre los datos de Buenos Aires, Paraná y San Juan, que presentan tamaños distintos.

Cuadro 5. Categorías profesionales en Buenos Aires, Paraná y San Juan. Censo de la ACA, 1934.

Profes. / Diócesis	Trabaj. Rurales	Trabaj. Urbanos	Emplea- dos	Patrones	Rentista	Profe- sionales	Estudian- tes	Jubilados	Vida de Hogar
Bs. As.	-	460 (10,9)	482 (11,4)	139 (3,3)	230 (5,4)	466 (11)	509 (12)	110 (2,6)	1.816 (43)
Paraná	162 (9,6)	250 (14,8)	194 (11,5)	84 (5)	81 (4,8)	190 (11,2)	131 (7,7)	18 (1)	576 (34,1)
San Juan	15 (2,4)	62 (11,5)	62 (11,5)	28 (5,2)	12 (2,2)	94 (17,5)	79 (14,7)	14 (2,6)	169 (31,5)

Totales: Buenos Aires: 4.212; Paraná: 1.686; San Juan: 535. **Fuente:** elaboración propia a partir de BOACA, n° 96, abril de 1935. Entre paréntesis el porcentaje respecto al total de socios/as censados/as por ramas de organización federal.

El cuadro permite observar algunas diferencias ocupacionales que deben ser consideradas dentro de los números absolutos. El 12 % de estudiantes en Buenos Aires es sin duda menor

al 14,7 % del mismo rubro en San Juan, pero la exigüidad de los poco más de cinco centenares de personas censadas en esa diócesis relativiza su relevancia. Esto nos lleva a pensar la relación entre la cantidad absoluta del asociacionismo, el tipo de medio rural o urbano y la distribución ocupacional. La primera diferencia fundamental concierne a cierta homogeneidad en los rubros empleados, patrones rentistas, profesionales y estudiantes. En efecto, en esa franja la ACA de los primeros años obtuvo sus apoyos más sólidos. Tal como se planteó previamente, a esa serie habría que añadir a los grupos de trabajadores independientes (de “artes y oficios”) y los pequeños propietarios y arrendatarios rurales. Por otra parte, en los tres contextos analizados la base femenina permanece esencial. Se mantiene en cualquier caso arriba del 30 % del total de personas asociadas.

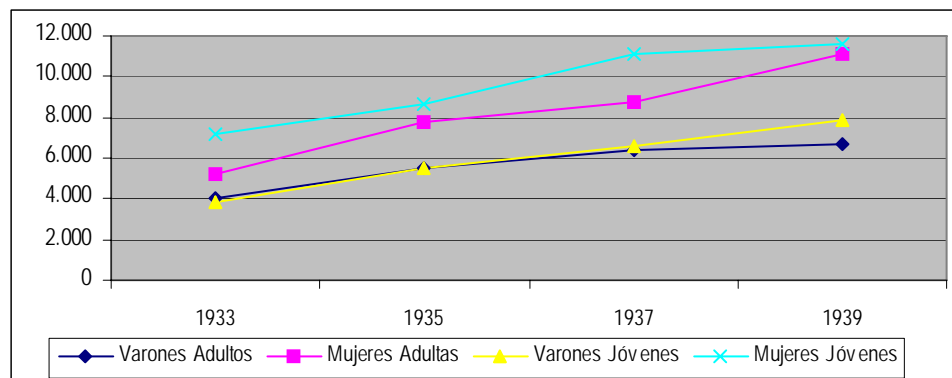
Valsecchi infería una conclusión un tanto forzada al recordar el 21,7 % de “obreros” en la composición de la rama de Hombres: “Estas cifras bastan para decir que más de la cuarta parte de la Asociación de Hombres Católicos está formada por modestos trabajadores que gozan sin embargo de una cierta independencia económica”. Por el contrario, los números indican que el flanco débil del asociacionismo se revelaba entre las clases populares y, más exactamente, entre la clase obrera. Dos años más tarde Valsecchi reconocía que la composición “obrera” de la ACA se había mantenido estable a la de 1934.²³ La indicación puede parecer demasiado ansiosa, pero esa era la urgencia militante de esos años. En particular desde el secretariado que dirigía el autor del *Silabario social* y asesoraba Gustavo Franceschi se promovió ambiciosas campañas de difusión de la doctrina social católica entre la clase trabajadora. Se probaron contactos con los presidentes del Departamento Nacional del Trabajo, usualmente ocupados por destacados dirigentes católicos, para solicitar una mediación entre obreros y patrones. También se comenzó a diseñar lo que poco después sería la Juventud Obrera Católica (JOC) para formar cuadros que pudieran actuar efectivamente en el medio sindical. En ese secretariado la joven Marta Ezcurra desplegó grandes esfuerzos por constituir gremios de costureras y se publicitó al sindicato de empleadas domésticas que orientaba Miguel De Andrea. Pero entre las afiliadas a la Federación de Empleadas de De Andrea los números eran decepcionantes: mientras la institución había captado a 67 socias entre 1936 y 1937 la Confederación General del Trabajo y la Unión Sindical Argentina habían crecido respectivamente en 26.763 y 7.016 afiliados/as.

Tres años después del Congreso Eucarístico los ánimos se habían aplacado y profundizaban las reflexiones sobre las formas alternativas de inserción social y de captación de una milicia laica. Para la ACA la idea del catolicismo raigal argentino no bastaba. Además del núcleo católico-social de Valsecchi, quien supo plantear de manera más profunda la necesidad de una revisión de las prácticas de la ACA fue Emilio Di Pasquo.

El asesor general Caggiano también había registrado los nuevos tiempos. En su recopilación de ensayos titulado *Problemas de Acción Católica* utilizaba los datos que mostraban inequívocamente que el fervor de 1934 no había tenido un correlato duradero en el laicado; la presencia de las multitudes en las calles careció de un compromiso más sustantivo. La evolución de los primeros seis años era, en efecto, limitada.

²³ “Los apóstoles obreros”, *BOACA*, n° 125, julio de 1936.

Grafico 3. Evolución de socias/os de las ramas de ACA, 1933-1939



Fuente: elaboración propia a partir de A. Caggiano, *Problemas de Acción Católica*, Buenos Aires, Difusión, 1939.

En 1932, en la tónica de un primer fortalecimiento había propuesto a la parroquia como el ámbito esencial de la militancia.²⁴ Pero gradualmente fue señalando los dilemas que planteaba la “lentitud” en el crecimiento de centros y círculos. Los problemas fundamentales que reconocía hacia 1935 -además de la falta de clero- consistían en que se habían fundado centros con muchos socios “de nombre bien conocido”, aunque muchas veces de vida cristiana inconsistente y no se habían seguido adecuadamente los reglamentos.²⁵

Di Pasquo ponía implícitamente en cuestión la persistencia de las primeras imágenes de cómo conducir la ACA y auspiciaba una vía alternativa a la inicial traslación del modelo de la Acción Católica Italiana. En efecto, distinguía entre una estrategia deductiva, encerrada en el cultivo interior de la organización, y una práctica de índole inductiva, que formara cuadros católicos capaces de incidir en sus ambientes particulares y conquistarlos. Se trataba de ir más allá de las reuniones parroquiales para incidir en los lugares de trabajo cotidiano: “parece como que nuestra Acción Católica hubiese llegado a un punto de madurez y exigiese imperiosamente, como un desahogo vital, este nuevo paso adelante en su acción y en su organización”.²⁶

El religioso profundizó su pensamiento en un extenso artículo publicado en varios números del *Boletín Oficial*. Allí respondía a quienes señalaban la ineficacia de la ACA:

“Los que acusan a la A. C. A., porque, después de tantos años de trabajo apostólico, no ha logrado penetrar en los ambientes sociales, han olvidado que las puertas están cerradas y no han pensado en si la A. C. estuvo forjando las llaves para abrirlas. Por consiguiente aun en el supuesto caso de no haber penetrado ya -cosa que demostraremos más adelante ser falsa- no se la puede por ello tachar de inactividad”.²⁷

Y para levantar ese cargo abría la perspectiva de un viraje en la “especialización” de la ACA, mediante el cual se penetraría en las ocupaciones de las mayorías: “la Acción Católica está en vísperas de hacer desembocar su acción en las organizaciones de clases, como río caudaloso que se divide en múltiples riachos a fin de penetrar toda una región con el benéfico riego de sus aguas”.²⁸ Sin embargo, el terreno de las diferencias de clase era reconocido como de más

²⁴ Antonio Caggiano, *La Junta Parroquial de la Acción Católica Argentina*, Buenos Aires, Junta Nacional de la ACA, 1932, pp. 9, 15.

²⁵ A. Caggiano, *Problemas de Acción Católica*, ob. cit., pp. 68-69.

²⁶ E. Di Pasquo, “¿Tiene la Acción Católica un método propio de apostolado?”, *El Pueblo*, 1-4-1940.

²⁷ E. Di Pasquo, “La Acción Católica Argentina. Sus resultados, sus defectos, sus problemas, su porvenir” (continuación), *BOACA*, n° 189, marzo de 1939.

²⁸ E. Di Pasquo, “La Acción Católica Argentina. Sus resultados, sus defectos, sus problemas, su porvenir” (continuación), *BOACA*, n° 192, abril de 1939.

difícil penetración que las organizaciones de índole cultural.²⁹ Desde su actuación en el secretariado Económico-Social de la ciudad de Rosario, Carlos Conci llegaba a las mismas conclusiones: “El pueblo está alejado de nosotros; los templos se llenan siempre con los mismos elementos; se predica a la misma gente; no existe el ‘clima’ necesario para que el pueblo se acerque a Cristo, a la doctrina de Cristo, a la vida misma de Cristo, que es amor a la Justicia y a la Caridad”.³⁰ Para la creación de cuadros obreros juveniles que realizaran un “apostolado ambiental”, Di Pasquo promovió la creación de la Juventud Obrera Católica, concretada en 1941, que estuvo articulada con la ACA pero no fue una rama ni se subordinó a la Junta Central.³¹ Para los ambientes de enseñanza se constituyeron las secciones de estudiantes y universitarios, que en 1952 formarían parte de la quinta rama de Profesionales y estudiantes.

La dificultad de confirmar nuevos centros y círculos con los doce individuos reglamentados en 1931 condujo en 1942 a decidir que la oficialización de los círculos para mujeres y señoritas requería un mínimo de ocho militantes, mientras que los varones adultos y jóvenes formalizarían sus centros con un piso de cinco. Con rigor, ese mismo año Di Pasquo procedió a desmitificar la adopción de los números absolutos de la estadísticas oficiales (además no se privaba de aclarar que los datos de la Federación de las Jóvenes eran las más confiables).

El asesor demostraba cómo las cifras provistas por el *Anuario Católico* de 1941 podían ser interpretadas para ir más allá de la impresión de un crecimiento. Señalaba, por ejemplo, que en la rama de Hombres, entre 1933 y 1935 el número total se había incrementado en 1.452 socios, pero que separados los socios perteneciente a centros nuevos y divididos los restantes por la cantidad de centros ya existentes en 1933, en ellos no se alcanzaba a un incremento de dos socios por cada centro en tres años, es decir, se captaba a menos de un socio por año; lo mismo sucedía con los cálculos de los jóvenes, de 1935 a 1940, cuando se constató el aumento de 3.600 afiliados que implicaba por un lado la aparición de 150 centros con 1.200 socios, lo que suponía que los restantes 2.400 socios nuevos restantes deberían distribuirse en los 471 centros preexistentes, lo que resultaba en un poco más de 5 socios por cada centro durante el quinquenio, es decir, apenas más de 1 socio adicional por año.³²

La rama que conservaba un rendimiento aceptable era la JAC de los jóvenes, calificada por uno de sus dirigentes como la institución juvenil más poderosa de país con cerca de 13.000 afiliados y 12.000 aspirantes.³³ Pero esa capacidad de captación era puesta en cuestión para el momento de pasaje a la rama de adultos. El presidente de la Junta Central, Eduardo F. Cárdenas, criticaba una actitud que veía prevalecer en las ramas juveniles. Los centros y círculos de la juventud estaban imbuidos de un imaginario que degradaba la vida de madurez y tornaba poco atractivo el paso a las ramas de mayores, poniendo en peligro la reproducción de la institución en su conjunto. Como remedio a la situación, Cárdenas proponía lo siguiente:

“Que las ramas preparatorias y las ramas jóvenes de la A. C. eduquen a sus afiliados en el amor integral a la causa de Cristo y de la Iglesia y no simplemente en el amor a su agrupación o a su obra ‘específica’ y transitoria. Que no los embriaguen, sin querer, de ese culto a la juventud, de raíz pagana, que falsea el concepto verdadero de lo que vale la juventud como promesa y esperanza de fecundidad futura. Dentro del término normal de la vida humana, no es la juventud su parte más larga sino la más corta. Y es indudable que en conjunto, no suele ser su época más constructiva ni más fructífera”.³⁴

²⁹ A. Caggiano, “La Acción Católica y las obras económico-sociales”, *BOACA*, n° 218, junio de 1940.

³⁰ C. Conci, “La acción del Secretariado Económico-Social en Rosario”, *BOACA*, n° 228, abril de 1941.

³¹ Leandro Bottinelli y otras/os, “La JOC. El retorno del Cristo Obrero”, en Roberto Di Stefano y F. Mallimaci, comps., *Religión e imaginario social*, Buenos Aires, Manantial, 2001.

³² E. Di Pasquo, “Los métodos de la Acción Católica”, *BOACA*, n° 246, octubre de 1942.

³³ César H. Belaunde, “Una juventud nueva para los tiempos nuevos”, *Cátedra* (suplemento económico de *El Pueblo*), n° 666, 23-1-1944.

³⁴ E. F. Cárdenas, “¿‘Pase’ o continuidad?”, *BOACA*, n° 255, julio de 1943.

El argumento difícilmente podía seducir a la juventud sin un imaginario igualmente gozoso para los años de madurez. Sin embargo, la deriva adoptada por el gobierno constituido después del golpe del 4 junio de 1943 pareció modificar de raíz las condiciones de la militancia de la Acción Católica. Monseñor Franceschi celebraba: “Dios es criollo”. Sobre todo después de la implantación de la educación religiosa en la escuela, el último día de ese año, las perspectivas de un estado que realizara la obra de recristianización de la sociedad civil que se había revelado tan difícil aplacaron los desasosiegos. El surgimiento del peronismo suscitó algunos resquemores pero la opinión contraria a la Unión Democrática de la jerarquía inclinó al laicado a la espera de un gobierno decididamente identificado con el catolicismo. La experiencia de Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires fue apenas un ensayo del triunfo definitivo que Juan Perón parecía prometer. ¿Acaso no era el propio Perón el que declaraba que su política seguía la orientación de la “justicia social” auspiciada por la encíclica *Rerum Novarum*?

La década peronista: el tiempo de la crisis

El decenio peronista deparó una lenta decepción en el catolicismo argentino. No sólo porque su política de “organización” de la sociedad restringía la inserción de la dirección del laicado en la clase obrera, sino porque la nueva época mostraba cambios de sensibilidad que eran vistos como incompatibles con la conservación de las costumbres. El aumento y variación del consumo, el voto femenino, la multiplicación de los productos de los medios masivos de comunicación, eran favorecidos por el peronismo. En ese marco sociocultural la atracción de una vida consagrada a la militancia católica se tornaba cada vez menos seductora.

Es tentador cruzar estos datos con la evolución del proyecto de una catolización de la población, dado que el fenómeno debe ser comprendido en el cruce de las dinámicas institucionales y la historia sociocultural urbana. Las correlaciones no son demostrativas de una causalidad pero añaden elementos de juicio para pensar la temprana crisis del laicado.

Tras la implantación de la educación religiosa en las escuelas el ministerio de Educación difundió cifras sobre la aceptación de esa enseñanza en los niveles primario y secundario, que oscilaron entre el 82 y el 85 por ciento. Sin embargo los guarismos son poco claros respecto a la convicción con que se seguía los cursos o los efectos que producía.

En su tesis, Mallimacci dice no haber hallado ninguna cifra confiable de la vida cotidiana de los católicos en los años 40.³⁵ Algunas evaluaciones cuantitativas nos permiten avanzar mientras ese estudio se realiza. *Criterio* tradujo un artículo de *Harper's Magazine*, de enero de 1945, que retomando una encuesta realizada por la ACA señala que en la arquidiócesis de Buenos Aires el 13% de los 3 millones de habitantes concurre regularmente a misa, el 7% lo hace de modo ocasional y el 60% no asiste a misa y tiene poco interés por la Iglesia. Un capellán del ejército informa que sólo 25 de 1.200 soldados había recibido una vez la eucaristía en cuaresma y pascuas. Por último, además de constatar que la ACA tenía pocos adherentes obreros el artículo mencionaba que en las viviendas populares construidas por los católicos sólo el 20% eran practicantes.

Un capítulo clásico en la evaluación de la religiosidad concierne a los casamientos por Iglesia. Las cifras totales muestran un aumento de los matrimonios religiosos:

Cuadro 6. Progresión de matrimonios civiles y católicos en el país:

-	1926	1932	1940	1942	1944	1946
---	------	------	------	------	------	------

³⁵ F. Mallimacci, *Catholicisme et état militaire en Argentine (1930-1946)*, Tesis doctoral de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, 1988, p. 79.

Civiles	18.029	17.355	21.952	24.516	26.163	27.279
Católicos	9.479	10.767	16.133	18.538	19.893	20.138

Fuente: Rodolfo L. Nolasco, "Geografía religiosa y sociología pastoral", en *Notas de Pastoral Jocista*, año VII, marzo-abril de 1954.

Mientras en 1926 el 52,6% de los enlaces civiles eran refrendados en la Iglesia, seis años más tarde la cifra se eleva en un 10% y en el momento del inicio de la década peronista el monto se eleva al 73,3%. No obstante, también en este terreno el rendimiento decreciente afecta al avance católico, que fue regular (alrededor de 1.300 de incremento anual) hasta 1942, y con una leve reducción a partir de entonces.

En el plano crucial de las actividades del clero militar la tendencia es similar:

Cuadro 7. Evolución del trabajo del clero castrense

	Clases de moral	Misas celebradas	Bautismos	Confesiones
1936	1.412	1.011	551	15.130
1938	1.940	1.459	500	26.922
1940	2.841	2.177	1.004	39.728
1942	3.543	2.258	1.104	46.001
1944	2.455	2.015	1.031	30.887

Fuente: Ejército Argentino, *Memoria del clero castrense*, Buenos Aires, 1946.

Los años cuarenta aparecen como el momento de quiebre o agotamiento del avance católico. El impresionante aumento de las confesiones registradas en 1942 es seguida de una caída aun más significativa en 1944.

En suma, tanto en el plano de la asistencia a misa (esencial para el reclutamiento de la milicia laical) como de los casamientos y el adoctrinamiento militar los años del surgimiento del peronismo muestran un panorama preocupante para las élites católicas. Como hemos visto, desde tiempo atrás insisten en la "penetración" de los ambientes. En el entusiasmo de 1946 el panorama se presenta auspicioso con la identificación católica reclamada por Perón.

El peronismo desarrolló una reforma ideológica de la clase obrera que la reconstituía en una matriz política donde el catolicismo tenía un lugar marginal. Las clases medias, que reaccionaban negativamente ante la "invasión" de *cabecitas negras*, recibían bien -como lo muestra el éxito electoral del peronismo en la ciudad capital- un aumento del nivel del consumo que no transformaba sus hábitos e imaginarios. Poco a poco la dirigencia de la ACA fue percibiendo que tenía poco espacio en la "Nueva Argentina".

Veamos los grandes números del período:

Cuadro 8. Evolución de la afiliación a ramas de la ACA, 1943-1955

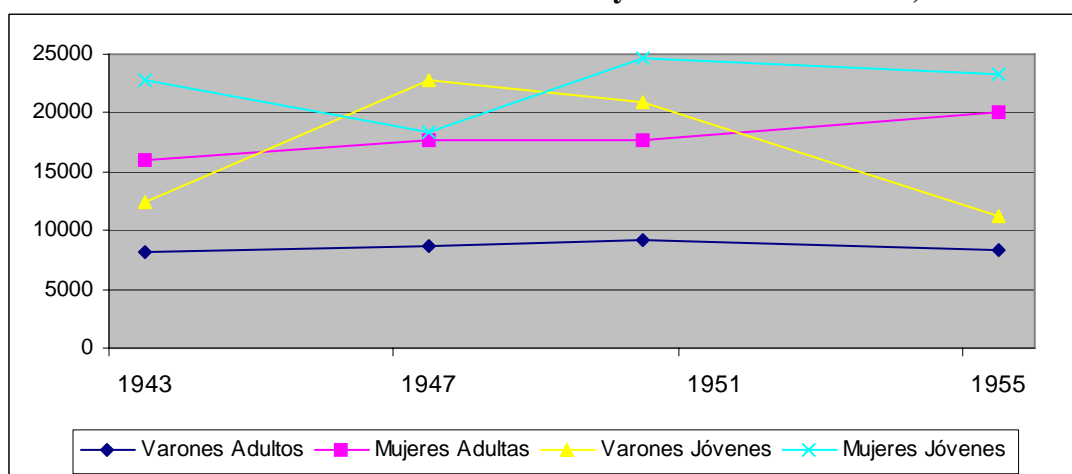
Rama / año	1943	1947	1950	1955
Varones Adultos	8.161	8.692	9.242	8.318
Mujeres Adultas	15.961	17.686	17.683	20.053
Varones Jóvenes	12.407	22.871	21.000	11.304
Mujeres Jóvenes	22.871	18.371	24.635	23.372
Totales	59.400	67.620	72.560	63.047

Fuente: *Anuario Católico Argentino 1943*; *Anuario Católico Argentino 1947*; BOACA, n° 20 aniversario, citado; *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, citado; AJAC, "Estudio estadístico sobre el crecimiento de la rama", *Acción Católica*, n° 391-392, noviembre-diciembre de 1956.

El gráfico 4 permite percibir las trayectorias de las ramas durante el primer peronismo. Fue recién a partir de entonces que las mujeres adultas se consolidaron como el sector tendencialmente dominante de la ACA. Fue la única rama cuyo crecimiento, a pesar de su exigüidad, es prácticamente constante durante todo el período. Tal como se observó en el

gráfico 1, en 1959 superaron a las jóvenes. Los jóvenes decrecen vertiginosamente durante los primeros años de posguerra y comienzan a resurgir después de 1947. Las jóvenes siguen un crecimiento más uniforme e inician su descenso a partir del decenio del '50. Los varones adultos se mantienen estables, sin sumar cantidades apreciables de los jóvenes mayores de 35 o recién casados. En cambio, todo hace presumir que una práctica mayor del pase de rama mantiene el incremento de las maduras. En así que mientras las dos ramas masculinas decrecen, una de las femeninas parece alimentar -al menos en parte- a la otra.

Gráfico 4. Evolución de la afiliación a ramas y secciones de la ACA, 1943-1955



Fuente: igual que el cuadro 6.

Fueron más significativos los cambios en la distribución de la masa afiliada a lo largo del país. En el apéndice aparece un gráfico donde se ordenan los círculos y centros de acuerdo a consejos diocesanos, con algunas modificaciones respecto a la geografía de los años treinta. La modificación más importante concierne al desplazamiento de Córdoba como centro del laicado del interior. Según se vio en el cuadro 1, en 1933 la diócesis cordobesa superaba (+648) a la de Santa Fe Zona Sur (luego Rosario) en cantidad de socios/os. Catorce años más tarde Córdoba tenía una leve superioridad numérica sobre Santa Fe Norte pero quedaba ampliamente rezagada (-815) respecto a Rosario y, esto es lo nuevo, se produjo un destacado aumento en La Plata. Es interesante notar que Córdoba creció en términos absolutos en las dos ramas femeninas y especialmente en la de mujeres madura; la de varones adultos se mantuvo estable y la de jóvenes creció apenas en 115 afiliados. En este sentido expresaba mejor que ninguna otra jurisdicción la tendencia general de la ACA.

Con el inicio de la década peronista la juventud masculina de la ACA adquirió un impulso mayor a las otras ramas. Para la asamblea nacional de 1946 se esperaba convocar a 50.000 congresales.³⁶ La JAC pudo reunir a 40.000, donde estaban seguramente comprendidos socios provisorios y aspirantes. Su máximo dirigente laico, Manuel Bello, expresaba con claridad la perspectiva de la “penetración” del trienio 1946-1949:

“La juventud de Acción Católica olvida a veces la palabra Acción y se deja estar un poco. Cómodamente instalada a la sombra del campanario, olvidando que su campo de acción está, no en la amable plática de una reunión semanal, sino fuera de la verja del atrio parroquial, en su trabajo, en su oficina, en su núcleo juvenil de todos los días”.³⁷

³⁶ Pedro A. Barnech, “¡Alerta!”, *Sursum*, n° 195, enero de 1946.

³⁷ M. N. J. Bello, “Para la J. A. C. queda abierta la nueva ruta de afirmación”, *Sursum*, n° 202, agosto de 1946.

Una idea que se extendió en esos años fue el “apostolado celular”, que siguiendo el modelo comunista tenía el objetivo de organizar “células” de militantes católicos en los lugares de trabajo, estudio o esparcimiento no propiamente religiosos. La formación brindada por el asesor y practicada por los asistentes de los centros debía tener la meta de enfrentar el exterior. En ese sentido se decía en *Servir*: “las reuniones de los Centros deben ser el foco de las inquietudes y los problemas que la juventud vive en la calle, y no el repetir una cantidad de fórmulas fosilizadas a las que el socio no ve ninguna utilidad”.³⁸

La salida a la lucha por los “ambientes” estaba decidida. La JAC compartió el discurso común en la JOC sobre el rechazo de la imagen del católico retraído y sufriente, para propugnar al militante alegre y emprendedor que pudiera ser un líder en su lugar de actividad habitual. Pero Pedro Barnech parecía más escéptico que Bello, al cuestionar que se dispusieran de las actitudes necesarias para el triunfo. En su opinión la sociabilidad de los centros juveniles no enseñaba a actuar:

“Debemos reconocer que nuestros Centros en una gran mayoría no han sabido infundir en sus socios el *espíritu de conquista*. Esto ha ocurrido desgraciadamente porque se han preocupado de ordinario en dar a los muchachos una formación religiosa y sobrenatural más o menos completa pero casi siempre al margen de su propia vida. No se le dieron las armas necesarias para la lucha apostólica en sus ambientes y concluyeron por lo tanto, aquellos que tuvieron la suerte de perseverar, por alejarse de los mismos ambientes y refugiarse en la Acción Católica sustraídos diríamos a las cosas del mundo”.³⁹

Por esta actitud parecería explicarse el incremento de socios de la JAC que señalan las estadísticas. Sin embargo, a principios de 1949 el clima de desazón parecía mantener el disgusto contra el encierro parroquial. Desde el periódico juvenil *Antorcha* se empleaba el característico lenguaje que lo singularizaba para ridiculizar la falta de disciplina, incluso entre la dirigencia:

“-Quiero reorganizar el Centro. Vamos a constituir cuatro secciones... bla bla bla; una se dedicará a esto, bla bla bla; el apostolado celular bla bla; ¡qué bueno sería además tener una revista! Aunque me parece mejor un diario. No sería difícil.

“Todos los años escucho a un dirigente -desde hace cuatro- este discurso. Pero se olvida a la primera reunión de invitar a los que deben asistir. Y no va nadie. Además para solucionar las dificultades tiene unas frases magníficas. Contundentes.”⁴⁰

La autocrítica era dura y ponía en duda la esperanza de los Hombres Católicos de que los jóvenes recién pasados sus filas infundieran una vida que ellos parecían resignados a observar a la distancia. En *Concordia*, la publicación de la AHAC, se imaginaba un diálogo donde la actividad del centro parroquial era aun más pobre que la expresaba entre los jóvenes. Así se expresaba el personaje inventado “Prudencio” sobre su centro: “Nos juntábamos cada 15 días uno hablaba un rato sobre cualquier cosa, tanto como para pasar el rato, y los demás mirábamos el techo, o la pelada del que teníamos enfrente. Después decía algo el Presidente, y adiós”.⁴¹ Por eso los Hombres exaltaban a los nuevos socios hasta ayer juveniles: “nos traen ideas espléndidas, experiencias apostólicas riquísimas. Vienen a poner en nuestro Centro, a veces un poco solemne y vetusto una nota de alegría y buen humor, junto al deseo de hacer algo o mucho de útil”.⁴² Para las mujeres adultas, por razones de clase y género, dado que las

³⁸ “Las líneas generales”, *Servir. Órgano de los Jefes de la J. A. C.*, año 1, n° 1-2, marzo-abril de 1947.

³⁹ Pedro A. Barnech, “Mi carta al Sr. Presidente del Centro Parroquial de...”, *Servir*, año 1, n° 1-2, marzo-abril de 1947.

⁴⁰ Antorchero, “Teoría y práctica”, *Antorcha*, n° 21, enero de 1949.

⁴¹ “La asamblea en el café”, *Concordia*, n° 211, julio de 1950.

⁴² “Sangre nueva”, *Concordia*, n° 208, abril de 1950.

damas que se preciaron de tales no debían trabajar, el apostolado ambiental derivó en la militancia sobre la propia familia.⁴³

La perspectiva de desarrollar las especializaciones seguía siendo una tarea pendiente y obligaba a Nicolás Fasolino a una nueva explicación.⁴⁴ En el caso de las profesiones la quinta rama de profesionales, liderada por Oscar A. Itoiz, su existencia fue marginal; en ese terreno la mejor tarea la realizaron las corporaciones y consorcios de médicos, arquitectos, abogados, odontólogos, farmacéuticos, economistas e ingenieros, que estaban adheridas a la ACA. Las mismas no se distinguieron por su número como por la eficacia de intervención en lo público. Pero en las ocupaciones más difundidas entre los sectores medios -donde se intentó desarrollar el “Apostolado en el Lugar de Trabajo”, ALT- los esfuerzos fueron infructuosos. Llegado a ese punto, las opiniones parecían haberse inclinado por reconocer el fracaso del modelo italiano. El ejemplo de la Acción Católica Belga, propio del jocosismo, aparecía como la única posibilidad de futuro.⁴⁵

Es preciso hacer una aclaración respecto a la modulación que adoptó el apostolado ambiental, que como anticipé en éste período jamás fue abiertamente debatido fuera de los corsés de dependencia de la tutela de la jerarquía eclesiástica. Nacido al calor de una voluntad de formar activistas obreros que propendieran a la paz social y neutralizaran a los sindicalistas de las izquierdas, el apostolado ambiental fue cambiando de cariz durante el transcurso del decenio peronista. La intención de influir sobre un gremialismo católico continuó siendo un objetivo de Miguel de Andrea, pero la ACA pasó a interesarse inequívocamente por la clase media. La palabra de J. Roberto Bonamino fue infatigable al respecto. De acuerdo a lo analizado a partir del censo profesional de 1934 ese había sido siempre el origen de la mayoría de sus afiliados. La aspiración a expandir el apostolado laico en el seno de la clase trabajadora se marchitó con el peronismo, aunque el significado del régimen de Perón nunca fue publicamente discutido hasta después de setiembre de 1955. Con la creación de la rama de profesionales, la APAC, en 1952, la institución que a principios de los años treinta estaba dirigida por hombres y mujeres de origen oligárquico dieron gradual paso a sectores medios acomodados o universitarios.

Desde 1950 la opinión de que la misma existencia de la ACA estaba en cuestión atravesaba los rangos de la institución. En ocasión de una nueva propuesta de método de apostolado laico, Sara Makintach presentaba esas opiniones, a las que desmentía: “La Base Misionera no viene a arrasar con los cuadros de la Acción Católica, ni crear cosa nueva, porque al decir de algunos ‘la A. C. ya no sirve’... ‘no rinde’... ‘no llena como es debido su cometido’”.⁴⁶ Esos rumores serían desmentidos una y otra vez, pero ya no callarían.

Los números mostraron que salvo el caso de la rama de mujeres adultas la declinación cuantitativa de la ACA fue inexorable. Esto no la privó de ser agente de primera magnitud en el derrocamiento del gobierno peronista. Sus cuadros demostraron una inesperada capacidad de organización de movilizaciones públicas y de conspiración en la sombra. Los efectos de su campaña contra el gobierno eran enormes para el exiguo número de activistas en comparación con los que tenía la CGT. En el número del vigésimo aniversario del *Boletín Oficial* se consignaba un total de 123 mil afiliados. Las cifras que aquí se han considerado más confiables, apartando a niñas/os y aspirantes, se acerca a la mitad de ese guarismo (ver cuadro 6). De hecho era optimista el apesadumbrado cálculo realizado en *Anhelos*, donde se

⁴³ “Apostolado ambiental. La madre de familia”, *Anhelos*, n° 10, setiembre 1948.

⁴⁴ N. Fasolino, “La A. C. y las especializaciones,” *Criterio*, n° 1039, 26-2-1948.

⁴⁵ Emilio F. Mignone, “Si es legítimo o no hablar del fracaso de la Acción Católica”, *Revista de Teología*, La Plata, I-2, 1951.

⁴⁶ S. Makintach, “Errores acerca de la Base Misionera”, *Acción Católica*, n° 365, julio de 1953.

destacaba que si bien un 90 % de la población se reconocía católica, un 5 % militaba en una organización de apostolado laico, y quienes pertenecían a la ACA no alcanzaban al 1 %.⁴⁷

Los meses inmediatamente posteriores a la Revolución Libertadora fueron desilusionantes para la militancia laica y, sobre todo, para los jóvenes que habían participado en la primera fila de la lucha. Un problema grave era el giro adoptado por el nuevo gobierno, que con el desplazamiento de Lonardi había dado paso a una coalición “liberal” que disgustaba a las preferencias integristas. Pero desde la Juventud de la Acción Católica se iba más lejos y se interrogaba sobre las propias fuerzas. Su diagnóstico era apesadumbrado: “Desgraciadamente -decían- no podemos decir que la Asociación responda, ni siquiera de una manera satisfactoria, a la gravedad del momento”.⁴⁸ La razón fundamental residía en que la cifra de las afiliaciones no reflejaba la militancia que en apariencia representaba:

“seguimos arrastrando un enorme lastre de ‘asociados’, ya que no podemos llamarlos militantes, que siguen a nuestro movimiento de lejos, como Pedro a Jesús en la noche de la pasión. Ese lastre pesa sobre la Asociación como un peso muerto. Es el lastre de los hombres indisciplinados, que agobian con sus grandes deudas sin pagar, comprometiendo las posibilidades de la J. A. C., los hombres con los que no se puede contar ni para las reuniones, ni para la formación, y menos aún para las obras apostólicas [...].

“LA J.A.C. NECESITA QUE, CON VALENTÍA, UNOS Y OTROS [DIRIGENTES Y MILITANTES] SE PROPONGAN UNA RENOVACIÓN TOTAL DE LOS CUADROS. Necesita una limpieza a fondo, porque en momentos como los que vivimos, no puede sufrirse la permanencia de miembros con arterioesclerosis, cáncer que poco a poco irá carcomiendo todo el cuerpo social. Una consigna es la que debe extenderse: RENOVACIÓN TOTAL DE PROMESAS, Y DEVOLUCIÓN DE LAS MISMAS A QUIENES NO ESTÉN DE ACUERDO CON TODAS LAS EXIGENCIAS DE NUESTRO ESTILO”.⁴⁹

Sin embargo, esa opinión no era la única. Otras perspectivas, como la proveniente de la Junta Central de la ACA, aspiraban a recuperar a las numerosas deserciones de los últimos años.⁵⁰

La dificultad más profunda residía ya no en el crecimiento sino en la preservación de lo existente. El único sector que se atrevió a hacerlo explícita fue el de las jóvenes de la AJAC.

Cuadro 9. Afiliadas de las jóvenes católicas. Entre paréntesis la cantidad de círculos.

Año	Socias	Aspirantas	Niñas
1952	24.746 (1.169)	16.240 (1.078)	15.316 (809)
1955	23.372 (1.315)	15.631 (1.101)	15.876 (896)
Saldo 55/52	-1.374 (+146)	-609 (+23)	+560 (+87)

Fuente: AJAC, “Estudio estadístico sobre el crecimiento de la rama”, *Acción Católica*, n° 391-392, noviembre-diciembre de 1956. Las cantidades incluyen afiliadas efectivas y provisorias.

El cuadro 8 permite deducir que existían 1.376 socias menos sobre 146 círculos más, 609 aspirantes menos sobre 23 secciones de aspirantas más, y finalmente, 560 niñas más sobre 87 secciones de niñas adicionales. Calculando el mínimo de socias por círculo, que había vuelto a ser de 12, el incremento de los círculos debería significar la existencia de 1.752 socias más, mientras que la realidad es que había 1.374 socias menos. En otras palabras, que de acuerdo a la estructura de 1955, la pérdida virtual es de 3.126 socias. En aspirantas, siguiendo el mismo razonamiento, tendrían que contarse 276 aspirantas adicionales, pero dado que existían 609 menos, la pérdida efectiva para la organización fue de 885 militantes. Incluso las cuentas para las niñas eran deficitaria: si habían 87 secciones más, su ingreso mínimo tendría que haber alcanzado a 984 niñas, pero sólo llegó a la cifra de 560, por lo que faltarían 424 para sus secciones estuvieran bien constituidas. El promedio de integrantes de las secciones creadas es

⁴⁷ “Conocer la realidad parroquial para trabajar sobre ella”, *Anhelos*, n° 4, julio agosto de 1954.

⁴⁸ “IX Asamblea: Asamblea del silencio”, *Sursum*, n° 218, octubre-noviembre de 1955.

⁴⁹ Idem.

⁵⁰ “Orientaciones que se han hecho llegar a las Juntas Diocesanas”, *Acción Católica*, n° 389, setiembre de 1956.

de 6 niñas. Como lo reconocía la propia AJAC, las cifras se tornaban menos auspiciosas al considera el aumento de la población en el trienio.

La discusión más abierta que se produjo hacia el final del período aquí analizado tuvo lugar en el primer encuentro de dirigentes católicos, reunido en San Miguel de Tucumán, los días 24, 25 y 25 de julio de 1959. Afortunadamente se publicó una versión taquigráfica de las conversaciones, sin importantes modificaciones, en la que están presentes afirmaciones que posiblemente una censura hubiera eliminado. Estuvieron presentes antiguos militantes de la ACA, entre los cuales se puede mencionar a C. H. Belaunde, Enrique Shaw, F. Valsecchi, Carlos J. García Díaz, M. N. J. Bello, Miguel Nougués, P. J. Barnech, Juan Fontenla, Florencio J. Arnaudo, César Bellati, Américo G. Monterroso y Juan Vázquez. En la ocasión Bello hizo una presentación del estado de la ACA donde reconoció la pérdida de asociados. Su conclusión era que “[e]n vez de ser los menos, los viejos son los más. Tenemos una crisis de juventud”.⁵¹ El análisis del presidente de la Junta Central de la ACA no era demasiado inquisidor. Las indicaciones más agudas se referían a un cambio de costumbres ocurrido en los últimos quince años. Las mujeres habrían salido del espacio hogareño y la juventud sufrió una profunda transformación en su mentalidad, y la asistencia a la parroquia aparecía como poco estimulante. En cambio, atribuía la indiferencia de los varones adultos a la ocupación en la política, presumiblemente la demócratacristiana. Su respuesta a la situación consistía en proponer mejorar la formación de dirigentes.

El economista C. H. Belaunde era más áspero que Bello. En su opinión los problemas de reducción de socios y socias eran mayores que los sugeridos por las estadísticas, dado que “todavía se mantienen muchos socios que de tales sólo tienen el nombre”.⁵² Según su parecer había causas extrínsecas e intrínsecas a la ACA. Las primeras se vinculaban con las complicaciones de los últimos tiempos en materia económica, política y social, que habían reducido la capacidad material de militancia del laicado. Las segundas eran la rutina, la falta de renovación de los métodos empleados y la crisis de dirigentes. En efecto, mientras en sus primeros años la ACA había suscitado el fervor de lo nuevo, después fue perdiendo la “mística”; se continuaba actuando “casi como en los primeros tiempos” cuando habían cambiado los socios, su formación y sus costumbres; por último planteaba una crítica a la designación de dirigentes por la jerarquía parroquial o episcopal pues recordaba casos en los que “no se explica por qué fueron nombrados”:

“Eran buena gente, pero nada más: no generalizo, pero digo que ha habido muchos casos. Ha habido cierto temor de que la gente inquieta provocara complicaciones con la jerarquía, y se la excluía. Y la gente buena hacía lo que podía, y podía poco. Evidentemente, habría que acostumbrarse más a nombrar a gente de mal carácter”.⁵³

Belaunde dejaba traslucir en su intervención una molestia ante el conservadurismo del alto clero respecto a la ACA que sería inimaginable en Bello. Pero deberían pasar varios años antes de que un enfrentamiento con la jerarquía fuera explícito y él no partiría precisamente de los católicos de mayor edad.

Conclusiones

El presente trabajo estuvo dirigido a obtener una representación aproximada de la curva de la afiliación a la Acción Católica Argentina. Dada la carencia de los documentos originales de recolección de información, he tratado de extraer toda la información posible y relativamente confiable de los cuadros construidos por la ACA durante tres décadas. La utilidad de las

⁵¹ *Encuentro Nacional de Dirigentes de la Acción Católica*, Buenos Aires, Junta Central de la ACA, 1959, p. 95.

⁵² *Idem*, p. 100.

⁵³ *Idem*, p. 101.

mismas adolece de un proceso de degradación estadística. Las dificultades de crecimiento provocaron la pérdida de credibilidad de los guarismos.

La evolución muestra una temprana crisis de la inserción relativa de la ACA en la Argentina urbana. El sector rural fue objeto de pocas y malogradas estrategias de intervención del laicado. No obstante los numerosos esfuerzos por renovar las concepciones y los métodos de trabajo, la ACA halló límites precisos en distintos planos de la experiencia social. En el seno de las divisiones de clase, el mundo obrero se mostró impenetrable. En los años treinta por la eficacia de las ideologías de izquierda y durante los años cuarenta de un modo más agudo por la peronización de la clase trabajadora. Las distinciones de género también incidieron en el perfil del asociacionismo católico: en las ramas de adultos y jóvenes siempre las mujeres tuvieron una mejor performance, aunque es preciso atravesar este recorte por la diferencia generacional. En efecto, los varones jóvenes fueron más receptivos y entusiastas que las damas católicas. Problemas materiales y organizativos de la Iglesia también conspiraron contra una más eficiente práctica de la ACA, pues muy pronto de agotaron las posibilidades de que los sacerdotes continuaran con la creación de círculos y centros, pues significaba un importante incremento de trabajo.

La década de la Argentina peronista trajo consigo un obstáculo quizás más importante para la difusión de la ACA: el peronismo estuvo acompañado, y en algunos aspectos sin quererlo propició, una renovación de las costumbres, que si bien continuaban tendencias “modernizadoras” iniciadas en las décadas precedentes, las despojaron de toda tutela religiosa. El conflicto final con el peronismo reunió varios de estos temas para coaligar a la oposición.

La caída del peronismo, sin embargo, no acabó con los problemas de la ACA. El balance y prospectiva de la reunión de dirigentes católicos de 1959 preservaba la confianza en el futuro de la ACA. Basilio Serrano recordaba que a pesar de la disminución, la institución católica era la organización civil más importante del país. El reconocimiento de las contrariedades era sin embargo evidente. La década del sesenta profundizaría aun más la crisis. La juventud mantuvo su dinámica, pero la politización la conduciría -sobre todo a las camadas más recientes- por caminos inauditos. La nueva oleada del cambio de hábitos juveniles disminuyó el atractivo que conservaba la sociabilidad parroquial después de terminado el colegio secundario. En los años setenta se intentó una reconstrucción de la ACA con vocación masiva (se lo llamó “relanzamiento”), pero de allí en más la institución se mantuvo como reservorio de las élites laicas del catolicismo argentino. Lejos quedaron los decenios impetuosos de los treinta, los primeros cuarenta, el bienio del conflicto final con el gobierno peronista, la *laica y libre*, momentos en los que la milicia laica del catolicismo argentina parecía capaz de recuperar la imaginaria esencia cristiana de la Argentina. Esa época quedaría en la memoria católica como la promesa que habría revelado el Congreso Eucarístico Internacional de 1934. Los tempranos problemas fueron olvidados en beneficio de logros que a la distancia adquirirían su verdadera significación histórica, pues efectivamente el despliegue de la Acción Católica en sus primeros lustros fue asombroso si consideramos que se produjo en una sociedad nueva y aun en proceso de cambio.

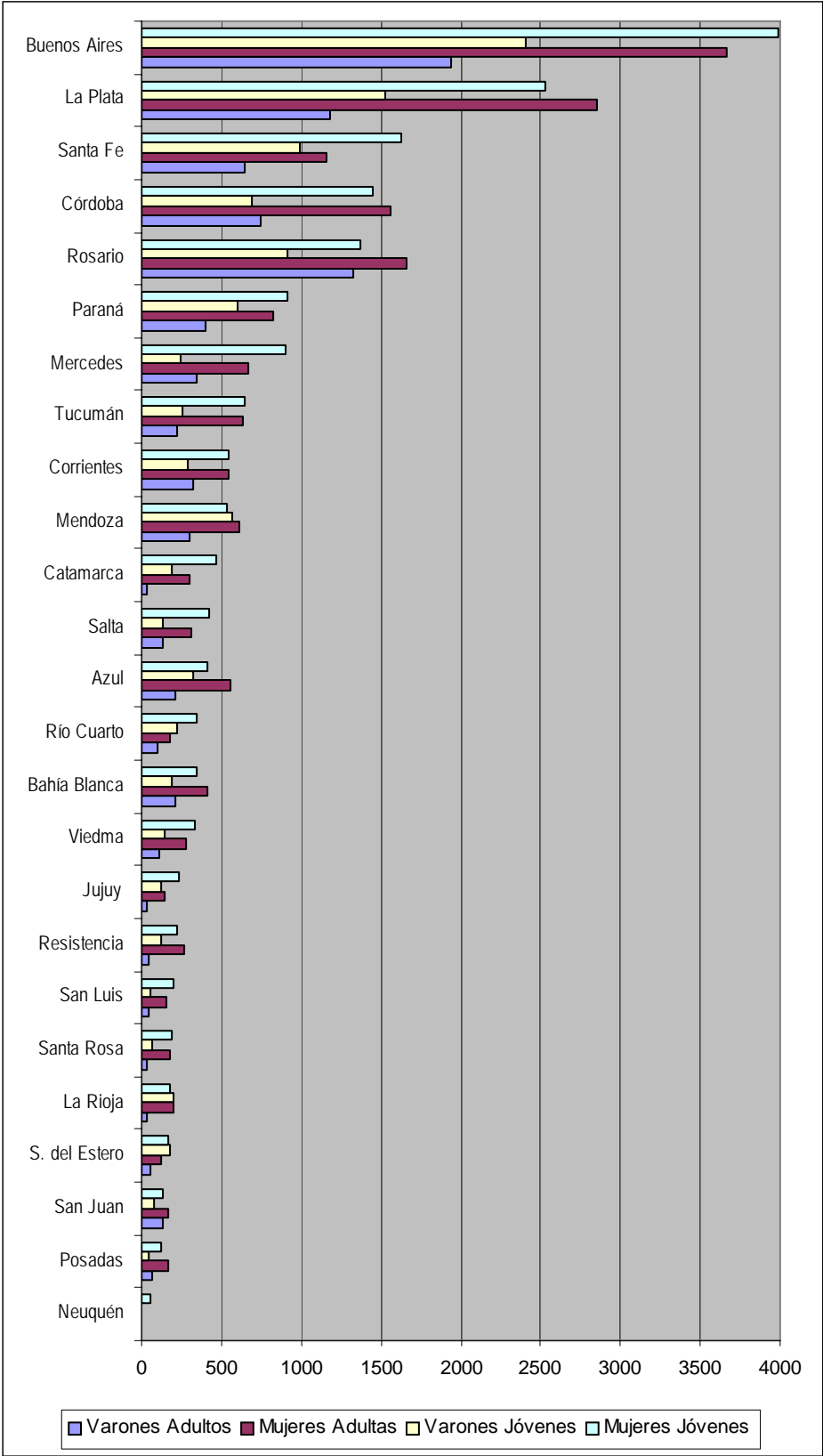
APÉNDICE.

Cuadro. Censo profesional de la Acción Católica, 1934. Categorías ocupacionales del asociacionismo.

Categoría profesional	Total	Varones Adultos	Varones Jóvenes	Mujeres Adultas	Mujeres Jóvenes
Trabajadores rurales	1.389 (6,4)	768 (17,9)	444 (10,8)	29 (0,5)	148 (2)
-Jornaleros, peones, etc.	291 (1,3)	165 (3,9)	126 (3,1)	-	-
-Pequeños arrendatarios	300 (1,4)	198 (4,6)	102 (2,5)	-	-
-Pequeños propietarios	621 (2,9)	405 (9,4)	216 (5,2)	-	-
-Trabajos rurales femeninos	177 (0,8)	-	-	29 (0,5)	148 (2)
Trabajadores urbanos	2.534 (11,6)	928 (21,7)	871 (2,1)	140 (2,3)	595 (8,2)
-Administración pública	121 (0,6)	89 (2,1)	32 (0,8)	-	-
-Empleados servicios públicos	138 (0,6)	116 (2,7)	22 (0,5)	-	-
-Industrias, fábricas, talleres	390 (1,8)	132 (3,1)	198 (4,8)	5 (0,1)	55 (0,8)
-Artes y oficios.	1.227 (5,6)	442 (10,3)	418 (10,1)	52 (0,9)	315 (4,3)
-Trabajos a domicilio	175 (0,8)	8 (0,2)	6 (0,1)	33 (0,5)	128 (1,8)
-Comercios, bancos, oficinas	44 (0,2)	19 (0,5)	25 (0,6)	-	-
-Negocios al por menor	69 (0,3)	13 (0,3)	56 (1,4)	-	-
-Servicio doméstico..	149 (0,7)	18 (0,4)	41 (1)	26 (0,4)	64 (0,9)
-Otras ocupaciones manuales	221 (1)	91 (2,1)	73 (1,8)	24 (0,4)	33 (0,4)
Empleados	2.092 (9,6)	825 (19,2)	996 (24,1)	50 (0,8)	221 (3,1)
-Administración pública	499 (2,3)	265 (6,2)	144 (3,5)	32 (0,4)	58 (0,8)
-Empleados servicios públicos	209 (1)	122 (2,8)	70 (1,7)	3 (0,1)	14 (0,2)
-Industrias, fábricas, talleres	197 (0,9)	76 (1,8)	104 (2,5)	-	17 (0,2)
-Comercios, bancos, oficinas	751 (3,4)	274 (6,4)	400 (9,7)	8 (0,1)	69 (1)
-Negocios al por menor	297 (1,4)	48 (1,1)	194 (4,7)	4 (0,1)	51 (0,7)
-Otras ocupaciones de oficina	139 (0,6)	40 (0,9)	84 (2)	3 (0,1)	12 (0,2)
Patrones y dirigentes	1.110 (5,1)	835 (19,5)	180 (4,3)	69 (1,1)	26 (0,4)
-Explotaciones agropecuarias	114 (0,5)	95 (2,2)	19 (0,4)	-	-
-Empresas de servicios públic.	23 (0,1)	18 (0,4)	5 (0,1)	-	-
-Industrias, fábricas, talleres.	360 (1,7)	273 (6,4)	66 (1,6)	17 (0,3)	4 (0,1)
-Comercios, bancos, oficinas	213 (1)	159 (3,7)	32 (0,8)	14 (0,2)	3 (0,1)
-Negocios al por menor	400 (1,8)	290 (6,8)	58 (1,4)	38 (0,6)	14 (0,2)
Rentistas	931 (4,2)	254 (5,9)	23 (0,6)	581 (9,4)	73 (1)
Profesionales	2.731 (12,5)	466 (10,9)	215 (5,2)	595 (9,6)	1.455 (20,1)
-Universitarios	384 (1,8)	266 (6,2)	90 (2,2)	9 (0,1)	19 (0,3)
-Enseñanza pública y privada	2.146 (9,8)	92 (2,2)	77 (1,8)	560 (9,1)	1.417 (19,5)
-Otras ramas..	201 (0,9)	108 (2,5)	48 (1,2)	26 (0,4)	19 (0,3)
Estudiantes	2.160 (9,9)	-	1.400 (33,9)	-	760 (10,5)
-Universitarios	336 (1,5)	-	313 (7,6)	-	23 (0,3)
-Enseñanza pública y privada	673 (3,1)	-	129 (3,1)	-	544 (7,5)
-Otros cursos	1.151 (5,3)	-	958 (23,2)	-	193 (2,7)
Jubilados	492 (2,2)	212 (4,9)	-	280 (4,5)	-
Vida del hogar	8.399 (38,5)	-	-	4.440 (71,8)	3.959 (54,7)
-Ocupaciones familiares	7.681 (35,2)	-	-	4.047 (65,4)	3.634 (50,2)
-Obras sociales y benéficas	718 (3,3)	-	-	393 (6,4)	325 (4,5)
Total censado	21.838 (100)	4.288 (100)	4.129 (100)	6.184 (100)	7.237 (100)

Fuente: elaboración propia a partir de *BOACA*, n° 96, abril de 1935. Entre paréntesis el porcentaje respecto al total de socios/as censados/as por ramas de organización federal.

Gráfico. Número de socios/as por ramas y consejo de la ACA, 1947.



Fuente: Elaboración a partir del *Anuario Católico Argentino*, 1947.